

PADRINO PORTACELI

Promoción 2008

Estudiantes; Profesores; Madres y Padres; Familiares; Queridos Amigos

¡Qué gran satisfacción! ¡Hoy es un día de gran alegría! Para vosotros, que culmináis una etapa importantísima de vuestras vidas, y también para mí que, a la dicha de acompañaros en estos momentos, uno el honor que me hacéis designándome como vuestro padrino. Hace un puñado de años, que a mí me han parecido pocos, me recibía en estas aulas el padre Fuentes para iniciar mis estudios en el Colegio; y ya me veis hoy, conteniendo emociones en la despedida del colegio del último de mis hijos.

Debo empezar pues, dándoos las gracias por permitirme actuar como padrino en este rito de paso a una nueva e importante etapa de vuestras vidas. Estoy seguro de que hago también de portavoz vuestro y de vuestras familias al dar las gracias a la comunidad educativa de Portaceli por los años dedicados a vuestra formación. Quiero expresar públicamente mi reconocimiento a la labor difícil, callada, importantísima y, lamentablemente no siempre bien entendida, de maestros y profesores. Una labor que hay que juzgar desde el conjunto, elevándonos sobre las cuestiones particulares, por importantes que éstas sean, y apreciar el resultado global: vuestra excelente formación. Por todo ello, Portaceli, gracias por vuestra paciencia; gracias por vuestro trabajo.

Pero volvamos a los protagonistas de hoy. Acabáis de terminar vuestros últimos exámenes. Probablemente estáis exhaustos después del duro trabajo realizado durante todo el curso. Y, sin embargo, hoy es un día de emociones agridulces. Estáis en vuestro último acto académico en el colegio, en el que habéis pasado tantos y tantos años de vuestra vida. Muchos quizás se acuerden de la primera vez que sus padres los acompañaron hasta la capilla y, en un simbólico acto, lo entregaron a las maestras y maestros. Hoy nos los devuelven formados intelectual, moral y espiritualmente. Alguna lágrima se os escapó aquel día y seguro que alguna también se nos escapa hoy. Infinitas horas de estudio y juego,

de amistades y peleas, de aprender y divertirse. Infinitas clases, infinitos exámenes, profesores infinitos.

Y, sin embargo, contradicciones del discurso, lo infinito se acaba. Hoy dejáis aulas, maestros, exámenes, patios, amistades,... para escribir un nuevo capítulo de vuestras vidas. Padres y maestros os hemos acompañado, os hemos educado, os hemos conducido hasta aquí. A vosotros os toca ahora vivir que, como decía Ortega, no es otra cosa que decidir constantemente lo que queréis ser. Quizás miráis con cierta aprensión el porvenir. ¿Cómo será eso de la universidad? ¿Cómo me irá en mis próximos estudios? ¿Me adaptaré al mundo profesional? Muchos de vosotros estáis estrenando mayoría de edad o vais a estrenarla próximamente. Ya podéis decidir, o dicho de otra manera, ahora os toca decidir. Como el título de aquel libro de mis años mozos: la vida os sale al encuentro.

Pero no tengáis miedo; estad alegres. Los cimientos de vuestra formación son sólidos y no nos vamos del todo. Aquí seguiremos padres, profesores, jesuitas, compañeros,... Aquí podréis volver siempre a buscar consuelo, refugio y consejo.

Pero ahora miremos hacia delante. Frente al vértigo y la nostalgia, hoy es también un día de satisfacción. De recoger los frutos del trabajo bien hecho. De comenzar una nueva etapa, con sus desafíos y sus aventuras, sus retos y sus oportunidades. Un día de continuar aprendiendo, de ser cada vez un poco más sabios. De formar nuevas amistades, que no sustituyen a las del colegio, sino que os abren a los demás. De poder contribuir con vuestro esfuerzo a construir una realidad un poco mejor.

Como padrino de la Promoción me toca hablar en representación de ese mundo adulto en el que os vais a integrar. Y lo primero que debo deciros es: sed bienvenidos. Vuestros mayores hemos hecho y seguiremos haciendo nuestro papel. Nos esforzamos día a día, con mejor o peor resultado. Y ahora estamos a punto de entregaros el relevo. En vosotros depositamos nuestros anhelos de un mundo mejor. Vosotros sois la sal del mundo. De vosotros depende ahora hacer de éste un mundo más justo, más libre, más fraterno, más igual. En vosotros confiamos.

Algunos continuaréis vuestra formación dentro o fuera de la universidad. Otros os integraréis en el mundo laboral. Estudiaréis, trabajaréis y, dentro de poco, formaréis también vuestras propias familias. Sea cual sea vuestra tarea, hacedla con honestidad. Y todos, buscad la Sabiduría para que pasados unos años podáis decir de ella, de la Sabiduría con mayúsculas: “La quise y la rondé desde muchacho y la pretendí como esposa, enamorado de su hermosura.”

Permitidme también unas palabras especiales de bienvenida para aquellos de vosotros que vais a ingresar en la Universidad. Desde el primer día notaréis un radical cambio de estilo. Pocos de vuestros profesores e incluso compañeros os conocerán personalmente. Entraréis en un entorno muy grande y también muy complejo. Pero que esto no os confunda. Aunque a veces pueda quedar oculto por los quehaceres del día a día, la Universidad sin vosotros no tiene sentido. Sois el centro y la razón de nuestra institución. A vosotros nos debemos. Sentíos en vuestra casa.

Notaréis también otros cambios en el paso a la universidad. Podréis asistir a clase o no. Nadie controlará las horas que dedicáis al estudio. Estrenaréis un grado de libertad desconocido hasta ahora. Libertad para decidir lo que queréis hacer con vuestro tiempo, pero también la responsabilidad de emplear adecuadamente los recursos que vuestros padres y el conjunto de la sociedad ponen a vuestra disposición. Os pedimos que hagáis un buen uso de esta libertad.

Y me dirijo de nuevo a todos: universitarios, estudiantes de otros niveles formativos y futuros profesionales. Haber llegado hasta aquí, hasta el sitio y el día de hoy, supone un privilegio. Habéis recibido mucho: casa, buena alimentación, ropa a la moda,...; en definitiva, multitud de bienes materiales. Pero también cuidados, afecto, buen nivel educativo y formación espiritual. Habéis tenido la fortuna de contar con lo mucho que padres, colegio y sociedad hemos puesto a vuestra disposición. Pero no lo consideréis un gasto que hemos hecho los mayores. No, no es un gasto; es una inversión. Es algo que esperamos devolváis con intereses. No a nosotros, sino al conjunto de la sociedad, a las

generaciones futuras y, sobre todo, a los más débiles y desfavorecidos. Se os han dado muchos talentos; no podéis enterrarlos; ponedlos al servicio de todos.

Permitidme para terminar que os proponga dos modelos a seguir en vuestra nueva etapa. El primero, de nuestro clásico universal: Cervantes. Tenéis que hacer de Sanchos; contemplar el mundo tal cual es, con realismo, tomando y disfrutando lo mucho de bueno que en él encontraréis. Tenéis que conocer vuestras capacidades y vuestras limitaciones. Tenéis que gozar.

Pero también tenéis que soñar. También tenéis que hacer de Quijotes. Luchad contra los gigantes, desfaced entuertos, proteged a los débiles. Soñad, tened ilusiones; cambiar es posible. Y en el justo equilibrio entre el Sancho y el Quijote avanzad con alegría.

El segundo modelo que os sugeriría para la etapa de la vida que ahora afrontaréis es el de Jesús de Nazaret. Padres, maestros y el conjunto de la comunidad educativa os hemos propuesto durante años la fe en Él. Muchos de vosotros, habéis confirmado esta fe hace unos pocos meses. Pero la confirmación no es el último paso en el camino de la fe sino el primero. La fe, igual que el amor o que la amistad, debéis trabajarla todos los días. Pedid el don de la fe. Sólo con ella cobrará la realidad su pleno sentido. Ante las dudas y las dificultades, Jesús como Camino, Verdad y Vida.

Y ya está. Como veis me ha salido la vena de profesor y os he puesto tareas. Libertad, responsabilidad, compromiso, esfuerzo,... Pero también alegría. Os lo repito, estad alegres. La alegría que surge del interior. La alegría que nace de la esperanza. Y ésta quiero que sea, como conclusión y resumen, la última palabra de mi intervención: ESPERANZA.

Muchas gracias a todos.